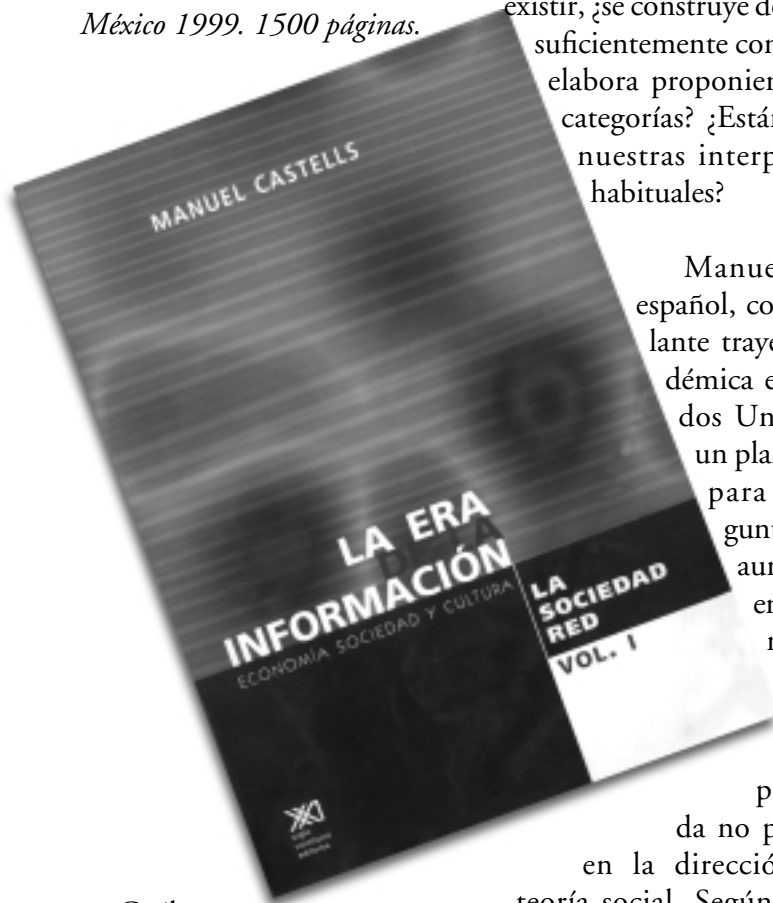


# Re señas

## LA ERA DE LA INFORMACION ECONOMIA, SOCIEDAD Y CULTURA

Manuel Castells  
Fondo de Cultura Económica,  
México 1999. 1500 páginas.



¿Cuál es el escenario social predominante hoy? ¿Hay una cultura, o una civilización, características de nuestro tiempo? De haberlas, ¿qué factores centrales las definen? ¿Cuáles son sus tendencias principales? ¿Se trata de una realidad consumada o, más bien, de un proceso en el que conviven instituciones en plena crisis y desintegración, y organizaciones de nuevo cuño, en tensiones y formatos que admiten grados variables de intensidad y

desarrollo? ¿Disponemos, por otra parte, de la teoría social de este escenario? Esta teoría social, de existir, ¿se construye de conceptos suficientemente conocidos o se elabora proponiendo nuevas categorías? ¿Están obsoletas nuestras interpretaciones habituales?

Manuel Castells, español, con una rutilante trayectoria académica en los Estados Unidos, tiene un planteamiento para estas preguntas. Incluso, aunque reitera en declaraciones de falta de pretensión sobre el particular, da no pocos pasos en la dirección de una teoría social. Según sus investigaciones está en plena emergencia una nueva sociedad, la sociedad red, moldeada por la revolución de las tecnologías de la información, la reestructuración capitalista y la aparición de nuevos movimientos sociales. Paralela y correlativamente al desarrollo de esta era de la información es patente la crisis de una cantidad de instituciones en torno de las cuales se organizó la vida social del pasado reciente: el Estado-nación, la sociedad civil, los partidos

políticos, la familia patriarcal, etc. Castells describe este complejo escenario en su monumental obra «La Era de la Información». No es nuestro propósito aquí referir tamaña descripción. La recomendación apropiada es la lectura directa.

En la contraportada de este libro monumental, el conocidísimo Anthony Giddens afirma: «No sería exagerado comparar este trabajo con la obra de Max Weber *Economía y Sociedad*, escrita hace casi un siglo». Tan conocido como el anterior, Alain Touraine sostiene: «Será un clásico del siglo XXI». Supongo que no cualquier cientista social conseguiría referencias tan elogiosas, más aún viniendo de dos figuras principales de la sociología actual. Estaríamos, en consecuencia, ante el deber de leer a Castells.

Supongamos, por un instante, que tenemos un ineludible espíritu crítico, adiestrado en lógica, y que el párrafo anterior es un típico ejemplo de falacia de autoridad. Ningún argumento se vuelve consistente y riguroso por el sólo hecho de que lo formule alguien con credibilidad previa. Y no debemos, por tanto, disponer favorablemente por relación a este libro de Castells simplemente porque las recomendaciones resulten ser inmejorables. Toda nuestra responsabilidad consistiría, en suma, en meternos en la lectura

y formar nuestro propio juicio. Solo que formarse el propio juicio no siempre es fácil. A menos que supongamos la existencia de una habilidad universal disponible para todos que nos permita juzgar la consistencia y respaldo empírico de cualquier afirmación o teoría, al menos ciertos libros requieren competencias complementarias al mero buen juicio. Se puede ser competente en esto, pero no en aquello. Y lo que pudiéramos saber de economía o de radioastronomía nos extiende tal competencia hacia otras áreas, digamos química o psicología social.

Hechas, pues, estas advertencias y entresacando sus rasgos de unos y otros pasajes de estos tres tomos, nos proponemos perfilar la actitud intelectual de fondo que da forma a la obra de Castells. No es un ejercicio de inferencias sutiles, eventualmente antojadizas. Sobre el particular, Castells es explícito. Nos parece relevante rescatar esta dimensión porque, predeciblemente, el debate en torno de esta o aquella afirmación, en una variedad tan abarcadora de fenómenos analizados por él, probablemente oscurezca este aspecto en particular.

Ensayemos una pregunta: ¿qué se esperaría hoy, en nuestro medio, de una obra reciente en sociología? Con alta probabilidad, estaría inspirada en la teoría crítica ya sea a la vieja usanza

de Adorno y Horkheimer o en formato renovado al estilo Habermas. De no serlo, la probabilidad se desplazaría a alguna tendencia del constructivismo, en cualquiera de sus modalidades: Berger-Luckman, sociosemiótica, la equivalencia de realidad y lenguaje, con o sin regreso del sujeto y sumergimientos varios en la cotidianidad, etc. De no darse



Manuel Castells

esta segunda alternativa, la probabilidad enmendaría rumbo hacia el multiculturalismo criticando el logocentrismo de la ciencia occidental, poniendo en el centro las cuestiones de género, proclamando el fin de la objetividad, el insight de las metodologías cualitativas y la aparición de una nueva epistemología. En dosis

cambiantes cualquiera de estas alternativas admitiría una profusa referencia a Thomas Kuhn, Foucault, Derrida, Rorty, etc.

En un horizonte grosso modo así perfilado, no habría manera de esperar la aparición de una obra como la de Castells. Ni siquiera suponiéndole ser una rebuscada versión de los mismos estilos ya conocidos. E incluso en el caso hipotético de que Castells calzara -por su eventual inspiración teórica- en cualquiera de los predecibles productos sociológicos, todavía tendría a su favor una ventaja diferenciadora importante: escribe en lenguaje directo, sin rodeos neologistas, sin inventar engendros terminológicos ad hoc, sin afectación, sin ese estilo académico literario-francesado habitual. En mil quinientas y tantas páginas, en una verdadera proeza de trabajo intelectual, Castells hace caso omiso de todas las modas académicas estupefacientes. Supongo que deliberadamente las ignora de comienzo a fin. Este respeto por el trabajo intelectual serio, austero y desafectado, otorga a Castells un mérito indiscutible.

En la presentación de la edición en lengua castellana de su libro, Castells no se demora en poner los términos de su postura:

«Si hay algo específico del ámbito cultural al que se refiere este libro, es la fuerte tradición, ojalá indestructible, del compromiso moral y político del intelectual. Sigo creyendo en ese compromiso y me gustaría que este libro se leyera desde ese ángulo. Pero, como escribo con toda franqueza en la conclusión del volumen III, las formas de ese compromiso deben superar el dogmatismo y la ideología militante que tanto daño han hecho para los propios valores que los intelectuales querían defender. En este libro trato de plantear preguntas, no afirmar respuestas. Y trato de hacerlo a partir de datos, de observaciones, de análisis concretos de situaciones concretas que van más allá de la descripción pero que no pretenden encontrar fórmulas de acción. Las preguntas son lo propio del intelectual. Las respuestas, en la sociedad y en la política, son responsabilidad de los ciudadanos, incluidos los intelectuales en su vida civil». (I, 24)

Retengamos una de las frases: «Y trato de hacerlo a partir de datos, de observaciones, de análisis concretos de situaciones concretas...». Considerando la marea cualitativista que inunda tanta producción en las ciencias sociales, resulta sorprendente el planteamiento de Castells. Sin dar rodeos, esto puede ser considerado como una reivindicación de la investigación científica tradicional de corte empírico. Resulta claro, también, que esta reivindicación se desarrolla denunciando el estilo militante e ideológico que caracterizó

mucha investigación social políticamente inspirada. Castells tampoco elige idioma rebuscado para referir la consecuencia de tal actitud: «..que tanto daño han hecho..» Esta redefinición del estatuto intelectual del cientista social es un rasgo definitorio en el estilo de Castells. Lisa y llanamente, y en el mejor de los sentidos, él se ha puesto a hacer ciencia. Nótese que, precisamente, 'ciencia' debe ser el concepto menos aludido por Castells. No hay párrafo alguno que contenga esas disquisiciones tan típicas sobre lo que la ciencia debe o no ser, de cómo la ciencia cambió, de cómo estaba al servicio de esto o aquello, etc.

Si las consideraciones anteriores pueden parecer arbitrarias, inferencias gratuitas a partir de premisas inexistentes, leamos ahora el párrafo siguiente en el que Castells se pronuncia sobre las oleadas postmodernistas a la moda: «*El proyecto que informa este libro nada contra estas corrientes de destrucción y se opone a varias formas de nihilismo intelectual, de escepticismo social y de cinismo político. Creo en la racionalidad y en la posibilidad de apelar a la razón sin convertirla en diosa*» (I, 30). Si Castells estuviera en una carrera por la popularidad en los claustros de muchos humanistas, literatos, sociólogos, antropólogos, psicólogos, semióticos o constructivistas, ciertamente habría elegido el peor de los caminos. Pero ya está dicho: parece no preocuparle. Buen síntoma. Esta es la clase de irreverencia que uno espera de un

buen pensador.

A buen entendedor, pocas palabras. Así reza el dicho. En consecuencia, bastaría con lo anterior para entusiasmar a cualquier cazador selectivo para que lea a Castells. En el caso de que requiera un poco más de motivación, recomendamos algunos capítulos memorables. Por ejemplo, aquel en el que enfrenta el fenómeno de la crisis de la familia patriarcal y la renegociación de roles entre hombres y mujeres, en torno a la sexualidad, la crianza o el compromiso matrimonial mismo. O ese otro en que compara los medios como la TV, la prensa o el cine con las nuevas tecnologías de la comunicación y se centra en la interactividad y la accesibilidad de estas últimas y en el que realiza un explícito saludo intelectual a la postura de Marshall McLuhan, el visionario de lo que hoy ya se ha convertido en jerga común: internet, multimedia, trabajo en red. O aquellos en que examina los nuevos estilos organizacionales de las empresas, sus necesidades de horizontalización y de alianzas estratégicas, o la crisis del Estado-nación, o los nuevos procesos de identidad en realidades sociales cuyas instituciones tradicionales han entrado en crisis. Ni moralista ni ideólogo, ni apocalíptico ni demagogo, Castells es un intelectual en el mejor sentido de la expresión. Ha puesto una nueva base para autodefinir el propio oficio sin sentir vergüenza por ello.✿